

FÉLIX G. MODROÑO

LA CIUDAD
DE LOS OJOS GRISES

algaida



Primera edición: 2012

© Félix González Modroño, 2012

© Algaida Editores, 2012

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-751-2

Depósito legal: Se. 1160-2012

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

1	11
2	21
3	25
4	31
5	43
6	45
7	49
8	61
9	67
10	77
11	83
12	95
13	101
14	107
15	113
16	121
17	123
18	127
19	135
20	141
21	155
22	165
23	171

24	177
25	183
26	191
27	203
28	213
29	219
30	229
31	233
32	237
33	243
34	253
35	263
36	269
37	279
38	289
39	295
40	309
41	319
42	325
43	337
44	349
45	357
46	359
47	363
48	371
49	377
50	385
Epílogo	391

*Para Pilar,
a quien siempre soñé*

ALFREDO SE ENTERÓ DE LA MUERTE DE LA MUJER QUE amaba, leyendo el periódico. A pesar de que la guerra hubiese interrumpido las clases en París, el profesor de arquitectura seguía acudiendo al café de la plaza de Saint Germain des Près, como cada mañana durante los dos últimos años. Los mismos que llevaba sin regresar a Bilbao. Una trinchera invisible, horadada por sus propios fantasmas alrededor de su corazón, se lo impedía.

Les Deux Magots era un coqueto establecimiento que antes de estallar la contienda solía presentar un aspecto alegre. Desde luego, mucho más que aquella Nochebuena de 1914, la primera de la Gran Guerra. Sólo unos pocos periodistas foráneos y una estrafalaria pareja con evidentes síntomas de haber trasnochado se repartían por las mesas, contagiados del aire taciturno de la ciudad. Una ciudad, antaño bulliciosa, que ahora lloraba por sus muertos y sufría por sus soldados.

Alfredo Gastiasoro frecuentaba el café por varias razones: se encontraba cerca de la buhardilla que tenía alquilada, su café brasileño satisfacía los paladares más exigentes y Andrés, uno de los camareros, era paisano suyo. Pero sobre todas

ellas, le atrapaba el ambiente artístico que se respiraba entre aquellas paredes. El aroma del café se confundía con el de la tinta, las sales de plata o la trementina. Aromas que escritores, fotógrafos y pintores llevaban impregnados en su piel y en sus entrañas. Al profesor bilbaíno le encantaba compartir mesa y tertulias con aquel puñado de bohemios con los que se sentía identificado. Al fin y al cabo, a él también le apasionaban la pintura, la fotografía y la literatura.

Unos minutos antes, Andrés había cumplido con el ritual diario de saludarle reciamente en vascuence para después atiplar la voz y entonar un melodioso *bonjour, monsieur*. El profesor siempre respondía con un *egunon* y una media sonrisa. Aquel día, además se interesó por su salud.

—Me extrañó no verte por aquí esta semana y pregunté a tus compañeros por ti. Me dijeron que estabas enfermo. ¿Cómo te encuentras?

—No hay gripe que pueda conmigo, don Alfredo —respondió en tono fanfarrón el camarero vizcaíno mientras le servía el café y le dejaba dos periódicos sobre la mesa: la edición matinal de *Le Figaro* y *El Noticiero Bilbaíno* del día anterior.

Esto era lo que más le complacía de aquel lugar: haber tenido la fortuna de encontrar la manera, gracias a Andrés, de estar informado con puntualidad de todo cuanto acontecía en su añorado Bocho. El camarero vivía junto a la estación de Austerlitz y, antes de ir a trabajar, se pasaba a recoger la prensa extranjera que llegaba en los trenes más madrugadores. Aunque en los últimos meses, desde que los alemanes invadieran gran parte de Europa central, el número de locomotoras que alcanzaba la capital de Francia se venía reduciendo sensiblemente, la que procedía de Hendaya con las publicaciones españolas seguía acudiendo con regularidad a su cita parisina.

La taza humeaba. Alfredo la asió con ambas manos, se la acercó a la nariz, cerró los ojos, aspiró casi con lujuria y la depositó sobre el plato sin ni siquiera probar su contenido. Se sentía ansioso por conocer los detalles de la noticia que el diario logró adelantar de forma escueta en la edición matutina del día anterior: el incendio del Teatro Arriaga. A pesar de su enfermedad, Andrés había tenido la delicadeza de encargarse de que un muchacho siguiera llevando los periódicos al café.

Distraído con la lectura de la primera página, echó tres terrones en la bebida. No estaba seguro de que el azúcar atenudara los efectos perniciosos del café tal y como afirmaban algunos médicos, pero de todos modos le gustaban las cosas dulces. La cucharilla giraba cadenciosa al mismo ritmo que los ojos de Alfredo recorrían los pequeños artículos que se apiñaban en la portada de *El Noticiero Bilbaíno*, conocido popularmente como *El Noti*.

En esta ocasión, el ejemplar no tenía fotos impresas. Pequeños anuncios de médicos, hipotecas y fármacos acompañaban a sucintas notas sobre el tiempo, sobre las retiradas de las tropas norteamericanas de Veracruz o sobre el último partido de pelota celebrado en el frontón Euskalduna. Alfredo sonrió al percatarse de que la segunda página narraba con la misma asepsia los detalles de la lotería de Navidad que los concernientes a la guerra: *el gordo, terminado en siete, se vendió en la administración de Ripoll; refuerzos británicos en Egipto; numeroso público en la Casa de la Moneda para presenciar el sorteo; cuatrocientos mil soldados alemanes de primera línea muertos, heridos o prisioneros en Polonia; el billete del segundo premio fue enviado a Méjico por el Banco Hispano-Americano; imposibilidad de un armisticio por no coincidir la Navidad en el calendario gregoriano católico y en el juliano de los ortodoxos...*

Por fin, el periódico relataba en la tercera página los pormenores de la crónica que el profesor andaba buscando: *Formidable incendio. El Teatro Arriaga, destruido*. Alfredo la leyó con lentitud y nostalgia. Como si el fuego además de haber arrasado el edificio, hubiese avivado también algunos recuerdos fragmentados de su adolescencia. Temiendo quizás que la próxima vez que regresara a Bilbao, le costase reconocer su ciudad. Una ciudad que en los últimos años viajaba a una velocidad de vértigo.

No hubo que lamentar daños personales, aunque la destrucción del inmueble había acarreado asimismo la de los archivos. Los artistas se llevaron la peor parte al perder sus equipajes y ajuares, enseres que componían su medio de subsistencia. La única buena noticia era que el conserje y su familia, tras refugiarse en la azotea, fueron rescatados milagrosamente por los bomberos.

Las primeras gotas de un aguacero incipiente repicaron contra el asfalto, sacando a Alfredo de su enfrascamiento en la lectura. Se restregó los ojos para borrar las minúsculas letras del noticiero de su retina y adaptarla a las magníficas vistas que le ofrecía la ventana. Y es que la torre de Saint Germain resultaba igual de esplendorosa con lluvia que con sol. Le dio el primer sorbo al café. Lo paladeó despacio, espesándolo en la boca, como si lo masticara para poder tragarlo con deleite. Nada como aquel brebaje estimulante para restañar la melancolía vertida.

Suspiró antes de volver al periódico. Su vista fue repasando la multitud de reseñas impresas por doquier en aquellas seis páginas: la Compañía Aurora parecía haber aprovechado la coyuntura para informar sobre sus primas económicas en los seguros de incendios; la única necrológica correspondía a un tal Modesto Pérez y López, de 56 años, a quien no conocía; la Caja

de Ahorros Municipal anunciaba sus imposiciones, desde 1 a 10.000 pesetas al 3,60 por ciento, con la garantía del excelentísimo ayuntamiento; se destacaba la muerte de un obrero, sepultado por un desprendimiento de tierras en la mina del Morro; también había aparecido el cadáver de una mujer ahogada en la ría...

En aquel instante, el tiempo se detuvo para Alfredo. Por eso leyó y releyó la nota del suceso hasta que sus pupilas se quedaron clavadas en el nombre de la fallecida: Izarbe Campbell Olalde. Sus apellidos no dejaban espacio para la duda.

Era ella.

Tratando de asimilar lo que leía, se echó las manos a la cara y a punto estuvo de tirar la taza con el codo. La emoción comenzó a brotarle desde el corazón pero tuvo la prudencia de detenerse antes de llegar a los ojos. Se le acababa de partir el alma, aunque no derramó una sola lágrima.

Se quedó inmóvil durante varios minutos. Luego levantó despacio la cabeza y la giró para enviar su mirada al otro lado de la ventana. La lluvia arreciaba configurando una espesa cortina gris que apenas permitía distinguir ya las formas del paisaje urbano. En realidad, a él le daba igual. A esas alturas, su mirada andaba tan perdida como sus pensamientos. El vaivén de los recuerdos acunó tenuemente su dolor.

La presencia de Andrés impidió que su letargo no tuviese marcha atrás.

—Don Alfredo, ¿se encuentra *usté* bien?

El profesor le miró aparentando indolencia. El camarero era un tipo fornido de mediana estatura, cercano a la cincuenta. Uno de sus antebrazos estaba marcado por una enorme cicatriz, consecuencia de una quemadura, que incluso le había restado masa muscular y le imposibilitaba usar la mano con normalidad. Tenía un bigote que ocultaba el movimiento de

sus labios de los que salían palabras atropelladas emitidas en voz baja con cierto acento francés, por lo que no siempre resultaban inteligibles. Para más inri, como bilbaíno castizo, siseaba y no pronunciaba la letra *de* al final de las palabras, algunas de las cuáles pertenecían al peculiar léxico de su patria chica.

—¿Qué dices? —dijo distraído, para retrasar la respuesta. Como si no contando la noticia, esta jamás hubiese sucedido.

—¿Ha ocurrido algo? Se le ve *alicortao* —insistió el camarero.

—Acabo de enterarme de la muerte de una amiga —contestó pausadamente para no dejarse embargar por la emoción.

—Lo siento, *monsieur* —Andrés prefería usar el tratamiento francés en público, aunque a solas le tuteara.

—Era una amiga de las de siempre. Quizás la recuerdes. Estuvimos comiendo en esta misma mesa hace unos pocos meses.

—*Monsieur*, si pudiera recordar a todas las féminas que le han acompañado sería contable y no camarero.

En otras circunstancias, la ocurrencia de Andrés le hubiese provocado la risa. En esta ocasión, se limitó a cercenar cualquier atisbo de alborozo involuntario.

—Venía de Bilbao.

—Lo siento, *monsieur*. No la recuerdo.

Alfredo introdujo la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y extrajo una fotografía. En ella aparecía una bella mujer morena a la que le chisporroteaban sus ojos claros, posando risueña en un gabinete.

—¿Y ahora? —le preguntó, mostrándole el retrato.

—¡Ah, sí *monsieur*! ¡Ahora sí! —exclamó al verla, como si se alegrara de que la memoria no le hubiera traicionado—. Es... era muy bonita.

—La más bonita de todas.

—¿Qué ha...?

—No sé más de lo que dice el periódico —le interrumpió en el tono más cortés que fue capaz de musitar—. Así que en cuanto me reponga, tomo el primer tren que salga para Hendaya. Desde allí, supongo que no me costará llegar a Bilbao.

—Lo entiendo... y lo lamento, *monsieur*. Espero que no tenga problemas para *crusar* la frontera. No olvide que estamos en guerra.

Al tiempo que Andrés se retiraba cauteloso, el profesor volvió a mirar a través de la ventana. Seguía lloviendo. Su mente se resistía a arrancar. Él quería pensar, pero su cerebro, más sensato, se dejaba embaucar por los olores del café mezclados con los de la vieja madera recién barnizada y no le permitía concentrarse en la terrible noticia. Poco a poco, los hilos de la remembranza fueron tejiendo algunos episodios de su niñez y su adolescencia junto a Izarbe y Javier. ¡Pobre Javier! Sin saber por qué, sintió lástima por él. Izarbe era lo más preciado que tenía y ahora la había perdido repentinamente. Nunca terminaría de entender los vericuetos crueles del destino.

Pasaron más de dos horas sin que Alfredo se atreviera a levantarse de su asiento aterciopelado, acompañado por el rumor de la lluvia y por las miradas condescendientes y distantes de Andrés. No quería abandonar aquel lugar en el que la vida parecía haberse detenido. Sentía miedo... miedo de que al salir la muerte de Izarbe fuese real.

Un ruido estrepitoso le sacó de su ensimismamiento. El profesor giró la cabeza con desgana. Los periodistas se acababan de marchar, de modo que ya sólo quedaba la pareja en el local. Aunque ahora la mujer, ayudada por Andrés, trataba de incorporar a su acompañante que yacía en el suelo, casi inconsciente. No era la primera vez que ocurría. Desde su llegada a

París, Modigliani consiguió hacerse tan famoso por sus conquistas como por su afición a la absenta, al brandy, a la cocaína y al hachís. También los cuadros, en su mayoría desnudos que escandalizaban a la sociedad más conservadora, contribuyeron a alimentar su fama de pintor maldito. En esta ocasión, su amante era Beatrice Hastings, una escritora inglesa que trabajaba para la revista *New Age*. Ella intentaba colocarle su inseparable bufanda roja mientras él mascullaba improperios contra el mundo y contra sí mismo. Andrés salió en busca de un taxi.

Aún quedaban alrededor de tres mil taxistas en París, los más viejos. Otros siete mil en edad militar a estas horas se hallarían enfangados en alguna trinchera. Eso, los que hubiesen conseguido sobrevivir a la terrible batalla del Marne, que había causado medio millón de bajas a muy pocos kilómetros de la Torre Eiffel. Los taxistas parisinos pasarían a la historia por haber llevado al frente del Marne a una considerable porción de las tropas que lograron detener el avance alemán a costa de ochenta mil vidas francesas.

Uno de esos taxis que tres meses atrás llegó a estar a tiro de la artillería enemiga se detuvo junto al café a instancias de Andrés. Se trataba de un pequeño Renault rojo cuya parte trasera se asemejaba a la de aquellos carruajes cubiertos que durante siglos venían siendo tirados por caballos de carne y hueso. El conductor estaba sentado delante, fuera del habitáculo, bajo una capota negra; sus manos no sujetaban unas riendas sino un volante unido a las ruedas con una larga barra de dirección. El camarero abrió la portezuela derecha del vehículo y la pareja se introdujo como pudo en él. Andrés suspiró tras cerrar la puerta. Al percatarse de que Alfredo le contemplaba desde el otro lado de la ventana, le guiñó un ojo y el profesor le correspondió con una sonrisa triste.

La lluvia fue amainando su intensidad hasta convertirse en mollina. Por un momento, Alfredo consiguió vaciar su mente con el propósito de acopiar las fuerzas necesarias para incorporarse y colocarse su sombrero de fieltro y su impermeable inglés de Barbour & Sons.

—Me voy, Andrés. ¿Quieres algo de Bilbao?

—*Entonces, ¿de verdad se va usted hoy? ¿Va a pasar la Gabon de viaje?*

—Me da igual que sea Nochebuena. No creo que una París en guerra se encuentre para muchas celebraciones. Casi todas las familias tendrán alguna ausencia que llorar. Y yo tampoco me reservaba ningún plan especial —y al oírse, se acordó de una joven artista galesa a la que había conocido en el estudio de pintura que Marie Vassilieff regentaba en Montparnasse.

—Pues que tenga buen viaje, don Alfredo.

—Hazme un favor, Andrés. Acabo de recordar que tenía una cita.

—Ya me extrañaba a mí —rió Andrés de buena gana.

El profesor extrajo un lápiz y una pequeña libreta de uno de los bolsillos laterales de su chaqueta, para escribir a vuelapluma una escueta misiva en francés: *Mi querida Nina, un asunto urgente requiere mi presencia inmediata en Bilbao. Siento tener que posponer la cena de esta noche. Espero que sepas esperarme unos días. Tuyo afectísimo, Alfredo.* Acto seguido, arrancó la hoja, la dobló y anotó una dirección antes de entregársela al camarero.

—Por favor, encárgate de que le llegue.

—No se preocupe. Yo mismo se la daré.

—Volveré en unos días —se despidió Alfredo.

—*Agur, monsieur*, déle recuerdos a la *Tasita* de Plata.

Andrés apenas esperó a que el profesor cruzara la plaza rumbo a la *rue Bonaparte*, para desdoblar la nota. Después de

leerla, frunció el gesto como si hubiese esperado encontrarse con otra cosa.

Hacía frío. Aun así, un impulso atávico dirigió los pasos de Alfredo hacia la fuente Médicis de los jardines de Luxemburgo, el único lugar de París en el que le apetecía estar en aquel momento, el único lugar de París del que necesitaba despedirse. Al entrar en el parque, elevó su mirada hacia el cielo. Le agradaba dejarse mojar por esa llovizna fina y persistente que le recordaba tanto a aquel sirimiri que regó su niñez. Una niñez que ahora le quedaba demasiado lejos.